

ORREGO VICUÑA Y SU OBRA

por Fidel Araneda Bravo

(Discurso pronunciado en la recepción de don Eugenio Orrego Vicuña en la Academia Chilena de la Lengua)

No ha mucho, la Academia Chilena de la Lengua nos eligió, inmerecidamente, para suceder al padre de Eugenio Orrego Vicuña, el novelista de la sociedad chilena, D. Luis Orrego Luco; y hoy nos ha encargado que abramos al hijo, de par en par, las puertas de nuestra Corporación. Coincidencia asaz honrosa y feliz que estrechará, aun más, los vínculos que nos unen a la muy ilustre familia Orrego.

Pocos escritores chilenos con más derecho que Eugenio Orrego Vicuña para venir a hacernos compañía en el Senado de las letras nacionales. Puede decirse que nuestro nuevo colega nació con la péñola en la mano y las mantillas que abrigaron su cuna fueron los libros de su abuelo, el más intuitivo de los historiadores del siglo pasado, D. Benjamín Vicuña Mackenna, y las obras de su padre, el novelista y diplomático don Luis Orrego Luco. Más todavía: su bisabuelo, don Pedro Félix Vicuña y Aguirre, fué periodista revolucionario y fundador de *El Mercurio*; y como si esto fuera poco, entre los viejos parientes de Orrego se cuenta aquel famoso Padre López a quien, por su gracejo, se le llama el Quevedo de la literatura chilena. Sin embargo, estas tradiciones literarias poco o nada valdrían si el nuevo académico no las hubiese sabido recoger y conservar, dándoles aun más lustre y dignidad. Nuestro Instituto le ha llamado a su seno en razón de sus propios méritos, sin desvalorizar, por ello,

los de sus antepasados, que son muy beneméritos y forman parte, también, del rico patrimonio intelectual de nuestra Academia.

«Herederó, pues —como ya lo dijo nuestro inolvidable colega don Arturo Alessandri Palma—, de dos ilustres dinastías intelectuales que llenan algunos de los mejores y más luminosos capítulos de nuestra historia literaria, Eugenio Orrego Vicuña ha conquistado un nombre que es vastamente apreciado en Sudamérica, especialmente en la República Argentina, donde se han publicado sus obras recientes, alcanzando algunas, como la *Vida de San Martín*, varias ediciones*

Entra Orrego en la Academia por razón de su vasta obra literaria. La *Historia del Ingenioso Hidalgo Don Miguel de Cervantes Saavedra*, escrita por él, sería título más que suficiente para ocupar un asiento entre nosotros. Justo habría sido elegirle a raíz de la publicación de este libro; empero, puede estar satisfecho nuestro nuevo colega, porque se le ha designado académico en plena madurez; entre tanto, don Miguel de Unamuno, que escribió esa inimitable *Vida de Don Quijote y Sancho*, fué elegido tan tarde que ni siquiera alcanzó a incorporarse.

Desde niño Eugenio Orrego entreteníase en hojear libros y papeles viejos en la biblioteca de su tío Benjamín Vicuña Subercaseaux; y a los doce años leyó, con curiosidad, el *Quijote*, en cuya exégesis llegaría a ser maestro insuperable. El mismo confiesa, con orgullo, que debe sus inclinaciones literarias a su hermano Benjamín, artista de alma privilegiada. «A él debo —escribe— mis inclinaciones a la literatura dramática, pues pensaba, con razón, que el género más difícil era ése y ésa la tribuna donde con mayor extensión se podía instruir agradando. Le debo el sentido de lo artístico, como a Vicuña Mackenna la pasión histórica y la búsqueda ardiente de la verdad. Esos dos hombres formaron mi base moral y en ella se ha fundamentado toda mi acción y mi labor modestísimas.»**

Protegido por esa hada madrina de la herencia literaria, el nuevo académico comenzó a cultivar sus grandes dotes intelectuales.

Losada. Buenos Aires, 1946.

* Prólogo de la 1.ª ed. de *O'Higgins*. Ed.

** *Benjamín Orrego Vicuña. Páginas escogidas*, por Eugenio Orrego Vicuña. Ed. Francisco A. Colombo. Buenos Aires. 25.

tuales y fué perfeccionándolas con tesón hasta que llegó a adquirir el merecido prestigio de que hoy goza.

Hizo todas las humanidades en el Instituto Nacional, y en seguida estudió Leyes en la Universidad de Chile, donde se graduó de abogado. Su memoria sobre «El espíritu constitucional de la Administración O'Higgins», muestra ya esa afición por la historia que llenará buena parte de su vida. Tan grande fué el éxito logrado con este trabajo histórico-jurídico, que don José Toribio Medina, gloria de esta Academia, organizó un banquete en honor de Orrego, al cual asistieron casi todos los académicos de esa época. Honor igual no ha obtenido ningún otro escritor nuestro.

Muy joven, casi adolescente, se incorporó en el servicio diplomático y fué Secretario de las legaciones de Chile en Japón y China; sirvió bajo las órdenes de don Pedro Rivas Vicuña, político y diplomático de larga carrera. Este viaje le vino de perlas para perfeccionar su sensibilidad artística. Visitó gran parte de Oriente y de Europa.

Pero como el servicio diplomático no le permitía dedicarse a los trabajos de su predilección, volvió a la patria y la Universidad de Chile solicitó sus servicios. Fué, durante muchos años, director de la Biblioteca de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad del Estado; fundó los Anales de la mencionada Facultad, que aún se publican, y los *Cuadernos jurídicos y sociales*, colección en la cual se han editado excelentes estudios de los mejores juristas chilenos y extranjeros.

Hoy desempeña el cargo de director del Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna, creado a iniciativa del ex-presidente de la República, don Arturo Alessandri Palma. Este Museo ha sido organizado por Eugenio Orrego Vicuña. Donó al Estado, para este nuevo servicio, su valiosa biblioteca particular, su archivo y la colección de manuscritos.

Colabora en los *Anales* de la Universidad de Bello, desde muchos años ha, y dirigió los números especiales dedicados a Vicuña Mackenna, a Bello, a Goethe, a Rubén Darío y a Shakespeare.

Elegido, por unanimidad, miembro de nuestra Academia, en abril del presente año, nuestro Instituto le confirió la honrosa misión de representarlo, junto con otros académicos del número, en el Congreso de las Academias, efectuado en México en los

últimos días de abril y primeros de mayo del presente año. Apasionado, como su abuelo Vicuña Mackenna, de los bellos y nobles ideales de confraternidad americana, aprovechó su viaje para recorrer, en seguida, casi todo el Continente. A su paso por Nicaragua, en nombre de la Academia Chilena, rindió homenaje a Rubén Darío. Ningún personero más autorizado que Orrego para tan alta misión, pues su padre fué íntimo amigo de Darío y compañero de labores literarias y periodísticas en el diario *La Epoca*. El nuevo colega depositó una ofrenda de flores en la tumba de Darío y allí, en la Catedral de León, donde yacen los restos del poeta de América, pronunció un bello discurso. El gobierno le declaró huésped de honor y le condecoró con el «Escudo de oro de Rubén Darío», la más alta distinción intelectual nicaragüense y que se otorgaba por vez primera.

Con una copiosa obra publicada, Eugenio Orrego Vicuña viene hoy a sentarse en el sillón que dejó vacío nuestro recordado colega y dilecto amigo don Antonio Huneeus Gána y cuya personalidad ha analizado ya, en forma digna del talento e hidalguía de su antecesor, el nuevo académico. El difunto colega prestó al país valiosos servicios en la política, en la diplomacia y en el foro. Era un ciudadano ejemplar que hizo honor a sus virtudes cristianas, sirviendo con excepcional probidad a la República. El discurso que acabáis de escuchar es, como todas las producciones de Orrego, una pieza literaria digna de su polifacética cultura. Después de trazarnos ese magnífico retrato del señor Huneeus, el nuevo académico nos regala con un acabado estudio acerca de la comprensión del *Quijote*, el cual no tengo necesidad de comentar en este momento porque lo haremos implícitamente más adelante cuando hablemos, por extenso, de la *Historia del Ingenioso Hidalgo Don Miguel de Cervantes Saavedra*, libro cuya quintaesencia es el discurso que habéis oído.

Si quisiéramos referirnos a todas y a cada una de las obras del nuevo académico tendríamos que ocupar demasiado vuestra atención; y por eso estudiaremos solamente algunas de las principales, según nuestro modesto juicio. Eugenio Orrego ha escrito alrededor de cuarenta libros, sobre las más diversas materias, pero su afición más cara es la historia y en especial la biografía; a esta clase de estudios ha dedicado casi toda su vida.

La idea dominante de toda la obra del nuevo colega es

dignificar a los grandes servidores de América y de Chile y de ahí nacen sus esfuerzos por engrandecer más la vida y obra de su abuelo, don Benjamín Vicuña Mackenna. Sin embargo, Orrego rinde homenaje a la justicia, porque es indudable que la primera condición del biógrafo y del historiador es el amor a la verdad. Cervantes pone en boca del bachiller Sansón Carrasco lo que debe ser la verdadera misión del historiador: escribir como poeta y otro poco como historiador; el poeta puede contar o cantar las cosas no como fueron sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna».*

El nuevo académico, como buen cervantista, no pierde de vista esta lección y al concebir sus obras históricas sólo anhela dar testimonio de la verdad. En el II tomo de sus *Ensayos* el nuevo académico expone, nítido, su pensamiento acerca de tan noble disciplina: «Muchos son los caminos de la historia —dice—, variadas las formas en que puede escribírsele, pero todo converge a un punto, o mejor dicho, a una norma insustituible, si se quiere realizar obra que perdure, si se trata de oficiar en altura al mismo tiempo que de cavar hondo. Esa norma vendría a ser la de orientarse siempre en espíritu constructivo, sin perder jamás de vista la verdad, pero sin desviarse por prejuicios, simpatías, finalidades preconcebidas o mero afán de notoriedad, que suele constituir el más triste género de desviaciones porque en él se une la mezquindad del propósito a la limitación del juicio, con lo que vienen a producir frutos deleznable. Hay quienes lo sacrifican todo a ser o a parecer originales, todo, incluso aquello que pudiera llamarse probidad elemental del oficio».**

O'Higgins, Don Andrés Bello y Vicuña Mackenna, los tres libros fundamentales de Orrego Vicuña, en el género biográfico, evocan, con claridad meridiana, la vida activísima de los tres personajes. A cada una de estas obras podríamos aplicar aquel juicio que Taine emite en su maciza *Literatura Inglesa* acerca de Cromwell de Carlyle: «El historiador no se interpone entre mí y las cosas, veo un hecho y no el relato de un hecho; la envoltura oratoria y personal con que la narración cubre la verdad ha desaparecido, puedo tocar la verdad misma»***

* Miguel de Cervantes Saavedra. *Don Quijote de la Mancha*, P. II. Cap. III. Ed. Aguilar, Madrid, pág. 776.

** Obra citada, pág. 143.

*** Obra citada, pág. 252. Ed. Madrid,

En sus obras históricas el nuevo académico combate esa tendencia histórica moderna de intuir antes que dar una visión exacta del pasado; algunos historiadores se alejan tanto de la verdad que más parecen intérpretes de los acontecimientos históricos; y se posesionan en tal forma de su misión interpretativa que no pocas veces llegan a creer que los sucesos debieron ser como ellos se los han imaginado y no como fueron en realidad. El historiador puede y debe intuir, pero tendrá siempre a la vista el documento fehaciente. Cualquiera que conozca un poco la etimología o sentido de las palabras, sabe que «intuir» no significa inventar o suponer una cosa, ni mucho menos interpretar los sucesos de un modo antojadizo; sino «observar o examinar». «Intuir», verbo compuesto de «in» y «tueri», quiere decir «mirar». Si el historiador inventa, supone o interpreta un hecho, creyendo que intuye, es decir, que examina u observa el pasado, está en un error craso y falsea los acontecimientos en tal forma que a través de su obra no se alcanzan a ver los hechos sino los relatos del hecho.

Dice Eugenio Orrego que nada importan los métodos, «importa, sí, la calidad espiritual e intelectual del historiador, su capacidad y, también en lo substantivo, la pureza y rectitud que le animan; la limpia intención, la nobleza de propósitos».* Ya lo había dicho, muchos años ha, don Crescente Errázuriz, el ilustre historiógrafo y antiguo director de esta Academia: «Nada más peligroso para la verdad histórica que los sistemas históricos.»**

Otro gran defecto de algunos historiadores modernos es subordinar la historia a la biografía; se hace historia a base de la biografía y se concluye por no hacer ni una ni otra cosa.

O'Higgins, en la obra de Orrego, aparece con todas sus virtudes y defectos. Está escrita sin pasión; y a la luz de todos los documentos que aclaran la actuación pública de un hombre que después, al reconquistar la independencia de su patria, le dió gobierno estable durante seis años y organizó la expedición que libertó a nuestros hermanos del Perú. Ningún otro biógrafo de O'Higgins ha estudiado mejor que nuestro nuevo colega la época y los sucesos en que actuó el libertador; y deseo recordar el juicio de Orrego sobre las relaciones del Director Supremo con la Iglesia

* *Ensayos*, 2.º T., pág. 146.

** Crescente Errázuriz Valdivieso, Pbro. *Los Orígenes de la Iglesia Chilena*, pág. 21. Ed. 1873.

y la participación de ésta en la revolución de la independencia. Para él, O'Higgins sólo se limitó a reprimir los ímpetus monarquistas del obispo Rodríguez Zorrilla, lo cual, sin duda, no excluye que el libertador hubiese intervenido en forma abusiva en los negocios eclesiásticos. Pudo contener a Rodríguez Zorrilla sin mezclarse en el gobierno de la diócesis; y respecto a la participación de la Iglesia en la revolución de 1810, el nuevo académico está en lo justo cuando asegura «que el balance final acusa ventaja indiscutible para el clero secular en el sentido republicano, nacional y democrático. Empero, sacerdotes y fieles debemos reconocer, sin pasión, que O'Higgins envió al primer representante de Chile ante la Santa Sede. Su Santidad Pío VII no tendría tan mal concepto del Director Supremo de este país cuando acogió a su representante y envió a Chile un Vicario Apostólico, Monseñor Juan Muzzi, lo cual significaba, en cierta manera, el reconocimiento tácito de nuestra independencia. Así como O'Higgins son todos los hombres: tienen virtudes y defectos y ¿por qué denigrarlos por sus yerros cuando podemos enorgullecernos de sus grandes méritos?

La biografía de *Vicuña Mackenna* está escrita con la sangre de Orrego Vicuña: ama a su abuelo con toda su alma, de tal manera que el libro, más que biografía, es un panegírico, hecho con cariño y admiración, pero siempre estrictamente ajustado a la verdad. Y nuestro nuevo colega tiene razón: Vicuña Mackenna fué un chileno sin par, un romántico, un Quijote de las letras, un gran visionario, lo que le permitió escribir la historia de Chile, por primera vez entre nosotros, en forma intuitiva e imaginativa y, por ende, muy amena. Como afirma el novel académico, hizo de la historia americana un arte,* lo que no era poco en una época en la cual todas o casi todas las obras de historia nacional eran soporíferas. La historia es una tribuna y un sacerdocio, expresó Vicuña Mackenna, cuando se defendió ante el Jurado de Imprenta, en Valparaíso, en 1861.

Don Benjamín tiene la gloria de haber transformado el viejo Huelén en el hermoso Santa Lucía, y la honra altísima, pese a lo que digan sus enemigos, de ser el conductor y el guía del pueblo chileno en la guerra de 1879 y el cantor de los heroís-

edición. Santiago. Zig-Zag, pág. 140.

* *Vicuña Mackenna. Vida y trabajos.* 3.ª

mos de nuestros hombres de armas. Ante tanta grandeza de alma nada importan, pues, los defectos.

No hay duda que la mejor biografía de Eugenio Orrego es la de Bello. Después de don Miguel Luis Amunátegui, nadie había estudiado en Chile la vida del maestro por antonomasia. El nuevo colega desentrañó documentos, conversó con las poquísimas personas sobrevivientes que conocieron a don Andrés y en seguida escribió un libro en el cual logra darnos un retrato exacto y magnífico de la recia personalidad moral y literaria del más grande de los humanistas sudamericanos. Como en O'Higgins y en Vicuña Mackenna, Orrego pinta, con pinceladas maestras, la época en que vivió y actuó su biografiado.

Conocedor profundo de las ideas de Bello, penetra en el pensamiento íntimo del maestro y nos revela la magnitud de su inteligencia. «De todo supo, en todo orden de ciencias ahondó: fué jurisconsulto, médico, botanista, matemático, cosmógrafo, erudito en historiografía, gramático, filólogo, lingüista, filósofo, internacionalista, diplomático, pedagogo, orador, prosador, poeta, crítico, periodista, político... Asombra, en verdad, la extensión de su cultura, que en el griego, por ejemplo, que aprendió sin profesor, llegó a una rara maestría, y así en varios de los campos que su formidable intelecto abarcó. *

Con pluma elegante comenta Orrego la actuación decisiva de Bello en el movimiento literario de 1842, que se inició «con un poema de don Andrés, teniendo luego su bautismo en la entrada triunfal que hiciera en la carrera de las letras un grupo de escritores cuya participación en el progreso intelectual de Chile sería larga y benéfica». **

Después, coincide exactamente con Eugenio Orrego, en sus apreciaciones acerca del fundador de esta Universidad, nuestro iconoclasta colega don Francisco A. Encina, lo que no es poco decir, en elogio del nuevo académico. Está también en absoluto acuerdo con Orrego, en sus juicios sobre Bello, nuestro querido e ilustrado Secretario, Pedro Lira Urquieta, biógrafo muy feliz del maestro venezolano.

El grande éxito alcanzado por estos tres libros del nuevo académico lo prueba el favor con que el público los acogió: *O'Higgins*, ya se agotó; *Don Andrés Bello* y *Vicuña Mackenna* tienen tres ediciones.

* *Don Andrés Bello*. 3.ª ed., págs. 77 y 78.

** Id., pág. 181.

Orrego Vicuña recopiló sus *Ensayos* en dos tomos, los cuales contienen estudios de mucho valor doctrinal y estético; entre ellos hay algunos de gran interés, como por ejemplo, *El Escritor y la Sociedad*, que fué la tesis presentada por el autor en el Congreso de intelectuales reunido en nuestro país en 1937. En él hace hondas reflexiones acerca de la misión social del escritor, especialmente de la influencia que han ejercido los intelectuales en las grandes revoluciones ideológicas; menciona el caso de Marx, en Rusia. No obstante, a pesar de lo mucho que se ha logrado, para dar importancia al escritor, éste sigue siempre ocupado en otras actividades ajenas a su vocación literaria, porque la pluma nada vale, entre nosotros, como instrumento de trabajo productivo.

Del donoso escrutinio que Don Quijote y Sancho hicieron en una biblioteca chilena, es otro magnífico ensayo del nuevo académico, en el cual rinde homenaje a su abuelo, Vicuña Mackenna, y a numerosos escritores chilenos.

Finalmente, recordaremos su *Discurso acerca de la Historia de Chile*, publicado también en el 2.º volumen de sus *Ensayos* y al cual ya nos hemos referido anteriormente: divide la historia de este país en trece períodos; al noveno lo llama de Vicuña Mackenna. En el décimoprimer estudio, con profunda agudeza, la obra de renovación política y social que inició el presidente don Arturo Alessandri Palma, nuestro recordado colega y excelente amigo, cuya ímproba labor enderezó los rumbos del país por senderos más humanos y evitó una revolución sangrienta que pudo sumir al país en la miseria y en la barbarie. La actitud de Alessandri no tardará en justipreciarla la historia y, pese al odio enconado de sus detractores, tan injusto como cruel, la figura del caudillo pasará por encima de estas ruindades y se alzará en el sitio de honor que le corresponde por su obra tan cristiana en beneficio del obrero chileno y americano.

Y ahora, señoras y señores, llega el momento de examinar la obra de mayor importancia y trascendencia del nuevo académico, de esa que le valió su ingreso en nuestro Instituto y que habrá de inmortalizarle: la *Historia del Ingenioso Hidalgo Don Miguel de Cervantes dirigida a Don Quixote de la Mancha, Caballero de la Triste Figura y de los Leones, Príncipe de los Hidalgos del Mundo, gran Señor de los pueblos Hispanoamericanos*.

El libro de Orrego Vicuña es la única réplica que existe del inmortal *Don Quijote de la Mancha*, Biblia de las letras hispanas; se trata de un duplo originalísimo del Caballero de la Triste Figura. La edición de lujo hecha por la Universidad de Chile para conmemorar el 4.º centenario del nacimiento de Cervantes, es ya una curiosidad bibliográfica, pues se editaron sólo mil ejemplares. El nuevo colega ha querido resucitar o restablecer la obra sin par de las letras españolas, porque hasta la foliación de la vida del Ingenioso Hidalgo está hecha al uso arcaico. Contiene también los elogios, la tasa y la división en libros y capítulos, según costumbre del siglo de oro. Con razón ha podido decir nuestro sapientísimo colega don Ricardo Dávila Silva que el lector ve en esta obra de Orrego «como prefigurarse en el héroe de Lepanto la persona de otro caballero andante un *double* de su padre espiritual: Cervantes es un prequijote que durante años incubó al otro, infundiéndole todos sus nobles atributos e ideales, y Quijote es un Cervantes empeñado en llevar a la realidad las fantasías y quimeras por éste soñadas y perseguidas».

Ninguno de los perínclitos cervantistas que se han ocupado de la obra del Manco de Lepanto, concibieron un libro tan curioso, tan original y estético como éste de Eugenio Orrego Vicuña.

El ático escritor don Juan Montalvo, en los *Capítulos que se olvidaron a Cervantes*, se revela un conocedor profundo del padre del idioma español y de su héroe inmortal, pero no logra, como Orrego, darnos una visión exacta de la notable personalidad del novelista hispano. Hay en la obra mucho dominio de la ciencia del lenguaje y atinadas y profundas reflexiones, pero, como dice el académico ecuatoriano y consumado estilista don Gonzalo Zaldumbide: «Es lástima quizá que Montalvo no haya pensado de veras en darnos el Don Quijote de América o, por lo menos, el Tartarín de los Andes». *

Don Miguel de Unamuno, en su *Vida de Don Quijote y Sancho*, es sólo un glosador del *Quijote*, un magnífico glosador, irónico, oportuno, sagaz y erudito. Don Miguel se limita a comentar capítulo por capítulo la manchega historia y deja de la mano aquellos que no le interesan.

El escritor colombiano don Julián Motta Salas, publicó, el año pasado, sus *Recuerdos del Ingenioso Hidalgo*, libro vigoroso

* *Montalvo*, de Gonzalo Zaldumbide, pá-

que denota raro conocimiento del *Quijote* y de su autor. El señor Motta se adentra en el alma de Cervantes y exalta las grandes cualidades morales del Caballero de la Triste Figura. Sus capítulos sobre la humildad y pobreza de Don Quijote son bellos y originales. Empero, el publicista colombiano no ha hecho una vida de Cervantes, en forma de réplica, como la que escribió el colega a quien hoy recibimos.

La obra de Orrego Vicuña es fruto de un largo y meditado estudio del *Quijote* y de sus principales comentaristas. Hemos dicho que a los doce años leyó, por vez primera, la obra maestra de Cervantes y desde entonces acá no ha cesado de leerla y releerla. El nuevo académico sigue, en este libro, paso a paso, toda la trayectoria de la vida y obras del padre de nuestro idioma, y de tal manera se compadecen, en la biografía, el alma de Cervantes y la del *Quijote* que, en verdad, ambos se confunden armoniosamente. Aun más, la prosa de Orrego, en esta obra, es tan pura, tan llana y amena que no poco se asemeja, también, al lenguaje de don Miguel y sin exagerar podríamos decir que ella es, guardadas las proporciones, una réplica del lenguaje del Príncipe de los Ingenios de habla española. Parece que el nuevo colega quiso seguir al pie de la letra la teoría del más prolijo de los comentaristas del *Quijote*, don Francisco Rodríguez Marín: «Escribo mis notas mirando más a los que saben poco que a los que mucho saben. Escríbolas —añado ahora— especialmente para cervantófilos extranjeros que, aunque muy cultos, no son harto conocedores de muchas particularidades de nuestra habla». *

Es indudable que el estilo de Orrego Vicuña en esta biografía alcanza un grado muy alto de perfección y por ello la *Historia del Ingenioso Hidalgo* vale más que todos sus libros anteriores, que siendo, como son, tan excelentes, no le llegan al que estamos, analizando. La gente de letras, que según piensa no sin razón Eugenio Orrego es «falsa, engreída, suficiente y vana, mucho más de lo que suele el vulgo sospechar» **, ha tenido que aplaudir, sin ambages, esta *Historia del Manco de Lepanto*; y la Academia, para no sentirse aludida por las palabras del Prólogo de tan

* *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes Saavedra. Nueva edición crítica. Madrid, 1947. Prólogo, página 17.

** *Historia del Ingenioso Hidalgo Don Miguel de Cervantes Saavedra*, por Eugenio Orrego Vicuña. Prólogo, pág. 1.

hermosa obra, acogió al autor en su regazo. No desea nuestra Corporación, por muy humilde que sea, recibir el bautismo de «mentecata o corta de espíritu».

La Academia Chilena de la Lengua otorgó, pues, a Orrego Vicuña, la palma académica para que lograra el deseo que tan sinceramente expresó al término de su castizo Proemio.

Y como Cervantes estuvo siempre allegado a los clérigos, el nuevo colega, grande amigo y admirador del Manco de Lepanto, para no ser menos que él y a fin de hacerse en todo semejante a su héroe, recibe aquí el espaldarazo académico de manos de un cura, amigo también de Cervantes, como aquel licenciado Pero Pérez del *Quijote*.

La vida del autor de la Manchega Historia, accidentada, pobre y digna, reverbera, con claridad, en la biografía de Eugenio Orrego Vicuña. El retrato físico del Caballero andante no es menos valioso que la estampa moral visible en todo el libro.

El novel académico escribe páginas inmortales al hablar de la emulación que suscitó en su época la obra de Cervantes. La péñola de polemista adquiere extraordinario relieve cuando se refiere a la envidia e incomprensiones de que fué víctima el Príncipe de los escritores españoles.

Mientras el Manco de Lepanto eternizaba a España en su singular novela, y los hombres reían leyendo las hazañas del Caballero de la Triste Figura, el autor vivía en la miseria y era despreciado por los hombres de letras de su tiempo.

Cervantes concibió su obra no tanto para condenar los libros de caballerías como para ennoblecer la vida humana, idealizada en el puro y santo Caballero de la Triste Figura. Orrego, a fuer de buen *Quijote*, da grande importancia a esta concepción cervantina.

Salvador de Madariaga dice que Cervantes condenaba los libros de caballería por su estilo, por su imaginación extravagante; la crítica más bien es de índole estética que moral. Y, en verdad, como lo aseguró muchos años ha (1873) don Crescente Errázuriz, Cervantes con su *Quijote* sepultó a los escritores de libros de caballería «y concluyeron los libros mismos, faltos de lectores» *. Sin embargo, como asegura el señor Errázuriz, el Manco de Lepanto en esos hechos de caballería no com-

* Aniversario CCLXII de la muerte de Cervantes. La obra de Cervantes, pág. 051. Ed. 1873.

bate lo que es digno de respeto: ridiculiza lo que en verdad es ridículo, muestra lo absurdo de esas mismas aventuras que la Iglesia condena; pero no pasa nunca más lejos. Cuando leemos a Don Quijote y celebramos la gracia de cualquiera de sus aventuras, al propio tiempo que reímos del Caballero andante, nos hacen sobre modo simpática su persona los sentimientos llenos de nobleza que lo guían: esto prueba que Miguel de Cervantes no sólo no combatió nunca esos sentimientos sino que, al contrario, supo revestirlos de los atractivos que debía tener en una obra moralizadora la verdad y lo bueno *. Si el futuro arzobispo de Santiago y respetable académico se quejó de las novelas que se publicaban ochenta años ha, ¿qué diría de las que se escriben y se editan hoy? El mal gusto y la cursilería corren ahora parejas con la inmoralidad. En fin, en aquella época, Cervantes pugnaba sólo contra lo feo y grotesco de las novelas de caballería; mas, en nuestro tiempo, hay que combatir ambas cosas. En la actualidad se abren en todas partes concursos literarios y los jurados, desprovistos del más elemental sentido de la estética, premian novelones que a más de inmorales y groseros, son ludibrio de las letras; y en cambio se postergan novelas verdaderamente artísticas. Ahora, con razón, ya nadie cree en tales concursos. «El Caballero andante —continúa el Sr. Errázuriz— puede tener entre manos una aventura absurda o una empresa sensata, pero en las dos cosas de seguro ha de ser impulsado por generosos y nobles sentimientos: de seguro, para tomar a su cargo el asunto, no ha mirado sino a la justicia de él, ha despreciado su propio interés para ocurrir en defensa del desamparado». **

En el Capítulo XXX, Orrego Vicuña estudia con prolijidad a los amigos y enemigos del Manco de Lepanto y se refiere especialmente a Lope de Vega, principal enemigo y émulo de Cervantes. Como en todas las épocas y países los chismes y pelambres literarios iban y venían ocasionando disgustos y pesadumbre a ambos ingenios. Cervantes denominó a su émulo «Monstruo de la naturaleza», pues tenía tanta facilidad para escribir que solían salirle comedias entre gallos y media noche en unas pocas horas ***. Lope de Vega recogió un chisme y muy ofendido le dedicó a Cervantes un soneto grosero; el autor del *Qui-*

Cervantes. *La obra de Cervantes*, pág. 057.

* Aniversario CCLXII de la muerte de

** Id., pág. 055.

*** *Historia del Ingenioso Hidalgo*, de Eugenio

Orrego Vicuña, pág. 129.

jote le dió en respuesta unos encontrones de clase en la Primera Parte de su obra inmortal. Muchos creen, y no les faltan razones, que Lope de Vega sirvió a Cervantes de modelo vivo para presentar muchos pormenores de la vida del Caballero de la Triste Figura.

Toda esta enemistad proviene, naturalmente, de la envidia que en pocas partes abunda como en el gremio de los literatos. Tal pecado es el más estúpido porque no produce deleite momentáneo como todos los demás, sino al contrario, un profundo pesar del bien ajeno y un goce enfermizo del mal de otra persona. Es tan despreciable e indigno este vicio que el género humano puede jactarse de los defectos más impúdicos, pero nadie reconoce ni siquiera piensa que pueda ser envidioso.

Si se busca la raíz de este pecado tan degradante, sólo podría encontrarse en la soberbia y en el excesivo aprecio que tienen de sí mismos los hombres desequilibrados, razón por la cual se creen aptos para alcanzar honores que reciben otros más excelentes o más afortunados que ellos.

Apenas alguno se distingue álzanse legiones de envidiosos para aminorar sus méritos, y así, muchas veces, el individuo ignoto de la víspera conviértese de improviso en personaje por obra de sus detractores.

Cervantes es duro con los envidiosos y cuando el Caballero de la Triste Figura quiere darle a entender a su escudero la razón por la cual éste no encontró tan hermosa a la sin par Dulcinea del Toboso, expresa que alguien, movido por la envidia, trueca sus cosas desfigurándolas.

En fin, nada se escapa al biógrafo de Cervantes y no termina el libro sino con la muerte de su héroe en casa del presbítero Martínez en la calle del León, en Madrid.

Nos hemos extendido mucho en la biografía del autor del *Quijote* porque ella es la obra capital de Orrego Vicuña, la que le sirvió de credencial para entrar en nuestra Academia. Razón sobrada tiene, pues, don Ricardo Dávila Silva para decir que «sólo Montalvo habría podido hacer esta vida de Cervantes, salvo las treinta páginas últimas, que ni él mismo hubiese podido escribir» *.

* Prólogo inédito por el académico del número, don Ricardo Dávila Silva.

El mismo año de 1948 Orrego dió a luz una antología de *Don Quijote de la Mancha*, precedida de un estudio sobre Cervantes, en el cual no nos dilataremos porque es una síntesis de la obra que acabamos de analizar.

Nuestro nuevo colega no sólo es biógrafo y ensayista, sino también notabilísimo autor teatral. Dentro de este género ha escrito obras de índole histórica, religiosa, dramática y de tesis, sin que falte tampoco la alta comedia y las versiones. Para estudiar cada una de estas piezas sería necesario escribir un volumen, razón por la cual diremos solamente una palabra acerca de su teatro histórico y religioso.

Ha creado un género nuevo en el teatro histórico nacional, pues hace figurar sólo personajes reales, a quienes sitúa en la época que vivieron y actuaron y les hace hablar y decir el lenguaje que ellos emplearon. Mucha parte de las frases que el autor pone en boca de los actores fueron dichas en verdad. *Carrera*, *San Martín* y *O'Higgins*, las principales obras dramáticas del académico que hoy recibimos, tienen inmenso valor histórico y psicológico. En el diálogo nuestro colega es muy perito; se ha dicho que nadie lo maneja mejor que él en el teatro chileno.

Pero, sin duda, la mejor pieza es *El Reino sin Término*, drama sagrado, de la Vida de Nuestro Señor Jesucristo, que aún no ha sido puesto en escena. Los Santos Evangelios son los únicos documentos que el nuevo académico ha utilizado para escribir su obra teatral. Nunca se había hecho, entre nosotros, un drama sacro tan serio y hermoso y de inspiración puramente bíblica. *El Reino sin Término* es una especie de auto sacramental, sin alegoría, en el cual, con mucho peso y cuidado, el autor narra la vida del Maestro de Galilea, que «pasó haciendo el bien» y cuya «palabra no pasará jamás, porque es el Mismo Verbo Eterno encarnado en el tiempo». En diálogos breves, rápidos, concisos, sencillos, sin artificios ni remilgos, Eugenio Orrego, con espíritu de artista cristiano, evoca la Figura más grande que ha pisado la tierra. No resistimos al deseo de transcribir, siquiera, la última parte de la primera escena del cuadro octavo: *Jesús en la Cruz*, porque es un verdadero retrato del Dios-Hombre y una profesión de fe, escrita en lenguaje tan poético como el de San Juan de la Cruz o el de Diego de Estella: «Tu reino no tendrá término. Deja, Señor, que corran los siglos. Deja, Señor,

que el odio se agote y la hiel se transmute y el rencor sea blandura y miel. Deja, Señor, que se escuchen los acentos inefables que emanan de Ti. Llegarán en el tiempo como llega la luz de tus soles y de tus astros. Un día te comprenderán, Señor, y ése ha de ser el día de tu paz y de la paz. Tu Espíritu, que es el Espíritu de Dios, por el tiempo sin término continuará redimiéndolos hasta que entiendan y vean y sepan y crean. Entonces será en ellos la piedad y el amor de las almas, que es darlo todo y perdonarlo todo y sólo anhelar el bien de todos. ¡Mas es tan grande la ceguera de los hombres, de tanta largura la extensión breve del tiempo del odio! ¡Apiádate, Señor! Desde el ángulo visible de tu cruz, dos mil años después del Holocausto, clamamos a Ti, sumidos en infinito abismo de angustia. ¡Señor! Apresura la piedad de tu Padre.» *

Señoras y señores, no puede escribirse oración tan bella y tan honda sin ser un genuino poeta católico. Orrego Vicuña es hombre de fe muy fuerte y vigorosa; su evolución hacia la verdadera espiritualidad de la Iglesia se ha venido acrecentando desde mucho tiempo, y nótese que digo acrecentando, porque nuestro nuevo colega siempre ha tenido las creencias de su madre, mujer cristiana de vieja cepa. Muchos dudaron del catolicismo de Orrego, porque invariablemente ha sido un idealista enamorado de las reformas sociales y del bien del pueblo, y no faltan obcecados que colocan a la Iglesia y a los católicos como enemigos de un orden social más humano que beneficie al pobre y al obrero.

Con motivo de la publicación de *El Reino sin Término*, su autor recibió una carta del Secretario de Estado del Vaticano, en la cual le comunicaba los parabienes y felicitaciones de Su Santidad Pío XII.

El nuevo académico tiene numerosas obras más y no pocas recopilaciones e iconografías; pero la hora avanza y deseo terminar haciendo un breve comentario de un libro que os permitirá penetrar algo en el alma nobilísima del nuevo colega y un poco más en su exquisita sensibilidad artística.

Se trata del *Recordatorio de Doña María Vicuña de Orrego*. Esta obra es hebra de oro, fina, delicada, que ha hilado el corazón del hijo amante y agradecido. El espíritu selecto, el alma

* *El Reino sin Término*, pág. 121.

sensible y bondadosa de Eugenio Orrego Vicuña ha tejido, con esta hebra de oro, larga y sutil, una corona para nimbar la frente de su ilustre madre.

La inteligencia y sensibilidad del poeta y la ternura filial captan, maravillosamente, el hondo misterio de amor que encierra el corazón de la madre; y en el alma de misiá María Vicuña de Orrego Luco, mujer superior, inteligente, culta y amable, esas ternuras llegaron hasta el heroísmo.

En esas breves meditaciones biográficas de la página 19 ha expresado el autor su pensamiento acerca de la misión maternal. Es una prosa poética, tersa y patética que merece ser leída aquí: «Una madre cuya vida terrena se ha deslizado según el Evangelio, resume en sí todas las perfecciones y bellezas que Dios puso en la creación. Las madres no mueren al término de su jornada humana: en sus hijos continúan viviendo. En el corazón de las madres perfectas habita Dios. ¿Qué tabernáculo puede compararse al corazón de una madre? Cuando Dios sopló en la mujer el aliento de la maternidad, la levantó por encima de todas las obras de su creación. No hay en el Evangelio palabras más dulces que aquellas con que Jesús saludaba a su madre. A través del corazón de las madres llega mejor a los hombres la bendición y el espíritu de Dios.»

Este *Recordatorio* es un poema a la madre, a la madre cristiana con alma femenina, con algo de la ternura de María y de Mónica, que orienta todos sus actos hacia la formación de sus hijos.

Orrego nos ha dejado un magnífico juicio de las cualidades de escritora epistolar que tenía su madre: «Como en Vicuña Mackenna, su pluma se deslizaba veloz sobre el papel, sin dificultad ninguna. Los conceptos eran claros, el decir elegante, con sus puntos de ironía y un suave matiz de gracia; el estilo, familiar, sobrio y castigado, de rara conexión con su espontaneidad.» * Cuando sus hijos estaban ausentes, doña María les escribía una y hasta dos cartas diarias: en ellas el fondo, el «leit motiv» eterno, era la queja de su soledad frente a la ausencia del hijo.»

Y del retrato de otoño que Orrego nos deja de su madre no podemos omitir estas líneas que son verdadera filigrana, bor-

* *Recordatorio de Doña María Vicuña de*

Orrego, pág. 74.

dada con esos hilos de llanto que arrancó al hijo la orfandad: «La fe ingenua del alba —pureza y sentimiento vestidos de claror filial— se diluyó aparentemente en las alegres fulguraciones de la mañana, para penetrar, como en túnel de sombras, en el dolor acre del mediodía y emergen en serenidad a la llegada de la tarde. De la primavera al otoño fué el proceso de crisálida que va brotando alas...». *

Bella y conmovedora es esa oración y acción de gracias en la cual el académico que recibimos agradece a su madre todos los dones con que Dios le ha enriquecido y al término de ella dice: «Y al dártelas con el alma entera ¿cómo no agradecer a Dios el privilegio de haber sido tus hijos?». **

Bienaventurados los hijos que, a semejanza de Eugenio Orrego Vicuña, podemos admirar, sin reservas, a nuestras madres; máxime cuando «tienen algo de Dios, por la inmensidad de su amor, y mucho de ángel por la incansable solicitud de sus cuidados». ***

Y nada más, señoras y señores. Es tan vasta la obra del nuevo académico que no podríamos seguir analizándola sin abusar demasiado de vuestra benevolencia. Del rápido examen que hemos hecho de su intensa labor literaria, se colige que tiene bien merecido el sillón que hasta ayer ilustró nuestro bondadoso amigo el austero patricio don Antonio Huneeus Gana.

Bienvenido sea, pues, a la Academia Chilena de la Lengua, correspondiente de la Real Española, el singular cervantista y prolijo biógrafo de don Andrés Bello.

Orrego, pág. 37.

Jara.

* *Recordatorio de Doña María Vicuña de*

** *Id.*, pág. 17.

*** Boceto de la madre de Mons. Ramón A.